

La soledad del farero

Alejandría

Marzo de 2016

El humilde y abnegado farero Juan ya no olvidaría la desgarradora sensación de impotencia, amargura y soledad que invadió su ánimo, tras la noche del 6 de Marzo de 1938.

Con 22 años, recién casado con su infatigable Florentina, recaló en las costas mediterráneas de la región murciana, su nuevo destino.

El farero Juan permaneció inmóvil, absorto durante una fugaz eternidad, contemplando el faro, su nuevo hogar, alzándose majestuoso y espectacular sobre el promontorio rocoso más alto del cabo de Palos, uno de los más grandes y hermosos faros de nuestras costas.

Era un hombre bueno, de mente limpia y sencilla, perfeccionista y tenaz, prestando sus servicios con gran eficacia en las entonces desoladas y desérticas costas del Mediterráneo, dedicado a cumplir la doble misión de vigía que vela noche tras noche por la seguridad de la navegación en esa zona del litoral murciano, y su contribución en ver aumentar año tras año el número de sus hijos.

Cobijado él y su familia en la reducida y humilde vivienda, adosada al pie de la torre del faro, a las 16,00 horas del día 4 de un axfisiante mes de agosto de 1906, un rugido sordo arrancó a Juan su rato de reposo tras la comida, haciendo temblar los cacharros colgados en la cocina.. Sobresaltado, salió al exterior para contemplar ante sus ojos, con horror, la dantesca escena. Un trasatlántico de vapor, italiano, “El Sirio”, que llevaba inmigrantes a América del Sur, había encallado frente al faro, junto a las islas Hormigas, produciéndose la explosión de las calderas del barco, provocando la muerte de 240 trabajadores del buque.

De inmediato, como impulsado por un resorte, el farero Juan participó de manera heroica en la organización de las las tareas de salvamento, dejándose el alma en el empeño, haciéndose mil preguntas sobre las causas del naufragio, en un día de mar en calma.

Dedujo, y acertó de plano, que el capitán del buque, por inexperiencia o por estupidez, condujo la nave entre el cabo y las islas Hormigas, cuando la profundidad del agua en toda esa línea es muy escasa, llegando en algunos “bajos” a unos tres o cuatro metros.

Haber conseguido salvar entre todos, alrededor de 580 tripulantes, no le sirvió de consuelo al bueno de Juan, cuando sufrió en sus carnes la tragedia por la pérdida de tantas vidas humanas, devueltas por el mar y desparramadas en la playa. Esas imágenes constituyeron uno de los fantasmas de su cerebro, que lo acompañaron siempre en sus desvelos, habiendo sucedido al año de instalarse en el faro del Cabo de Palos.

Con la amargura en sus entrañas por la tragedia vivida, Juan, el farero, iba reponiendo su espíritu, ejerciendo su trabajo, junto a su conformada esposa, cual feliz anacoreta, a pesar de todo, y rodeado de los hijos que iban llegando para llenar de risas, lloros y alegría los rincones de la mínima estancia.

De natural serio, taciturno y algo nostálgico, el farero Juan representaba la inexcusable figura controvertida de un hombre al que le cabía, por una parte, la alegría, y también el aburrimiento por

repetitivo y monótono, al contemplar y sentirse poseedor de amplios azules e indefinidos horizontes, mientras que, por otra, en sus momentos de humana reflexión, se sentía empequeñecido y muy defraudado al equiparar aquellas amplias y majestuosas lejanías con el pobre disfrute del mínimo espacio habitable, y tener que dotarlo de una merecida dignidad para ubicar a Florentina y a su prole.

Sus rutinarias obligaciones, realizadas con aquel celo, cuidadoso esmero y puntual servicio, siempre eran las mismas: subir al atardecer de todos los días, aquel largo centenar de acaracolados escalones; limpiar las superficies acristaladas que componían la protección exterior del fanal lumínico; dedicar especial atención a la limpieza de los gruesos cristales de aumento, auténticas lupas prismáticas biseladas, que permitían aumentar considerablemente la inicial y débil intensidad lumínica, proporcionada por unos dorados quemadores de bronce, los cuales se alimentaban de aceites pesados o vapores de petróleo, combustibles impuros que producían salpicaduras en los cristales que había que limpiar.

Es muy probable que, a continuación, se tomara un breve descanso, una vez que comprobara que aquellas amarillentas y mortecinas llamas producidas por los quemadores en el interior del fanal, se convertirían en cegadores e intermitentes parpadeos cuando fueran observados desde el exterior, convirtiéndose en los símbolos del aviso, de la esperanza y de la seguridad de las rutas marítimas, tanto más cuanto más despacible, oscura y tormentosa se pudiera presentar la noche.

Todo estaba preparado, como cada día. Debía descender de nuevo por la escalera de caracol, puesto que Florentina le estaría esperando para la cena. Un momento de reposo posterior y, a la hora prevista, volver a ascender a lo alto del faro y vigilar la noche entera, obsesionado por el perfecto funcionamiento de los quemadores, siempre propensos a obturarse o dispuestos a apagarse. Después, pensar, quizás leer, dormir o fumar... y de nuevo volver a pensar. Pensar ¿En qué? Difícil poder adivinar los pensamientos que acudían a su mente a lo largo de sus continuas y monótonas noches de vigilia y **soledad**.

Llegado el ansiado amanecer, el farero Juan apagaba los guiños de luz, inútiles ya, revisaba y lo limpiaba todo y, entumecido a causa del frío, la humedad y la falta de movimiento, volvería a descender los mismos acaracolados escalones, recordando a unos niños, sus hijos, cuyo pensamiento hacía liberar de sus labios el movimiento distendido de una leve sonrisa, producida, sin duda alguna, por el madrugador y reconfortante recorrido por cada una de sus camas, besando en la frente a unos y arropando a otros. Después del breve pero reconfortante desayuno que Florentina le tenía preparado, había que dormir, dormir mucho y muy deprisa.

El día 6 de Marzo de 1938, el farero Juan cumplió 55 años, de los cuales, los últimos 33 años, siguió cumpliendo a la perfección su cometido de centinela permanente del mar y la navegación, desde lo alto del faro del Cabo de Palos, sin haber cambiado de destino.

Su inseparable esposa, Florentina le preparó una cena especial, sin renunciar a los huevos fritos

con patatas fritas, el plato preferido de Juan. Unos minutos de reposo y vueltas a la tarea, escaleras arriba para afrontar una noche más de vigilancia y vigilia, inmerso en sus pensamientos y ahogado en la **soledad**.

La noche estrellada y la mar en calma hacían presagiar una velada serena y tranquila. Muy a lo lejos le pareció vislumbrar en el horizonte unos tenues resplandores, casi imperceptibles, que Juan intuyó que una tormenta se acercaba, si bien debería estar aún muy lejos, pues los débiles truenos llegaban muy tarde a sus oídos. Seguramente se desvió porque no llegó a los dominios del faro.

Las noticias en aquellas fechas tan dramáticas llegaban tarde y tergiversadas, según del bando que procedieran y el bueno de Juan, finalmente, se enteró que esa noche no hubo ninguna tormenta, sino que a unas cuantas millas del cabo de Palos se libró la mayor batalla naval de la Guerra Civil Española, resultando hundido el Crucero pesado “**Baleares**”, y con él la muerte de buena parte de la tripulación del buque. También la del marino **Raúl, su hijo**. Y el mar no se lo devolvió.

La estancia en la que nacieron los 10 hijos del matrimonio ya no era tan pequeña. Juan y Florentina se habían quedado solos, inmersos en la agónica tristeza y desesperación, aunque el farero siguió aferrado a su trabajo, dominado por su exarcebado sentido del deber y responsabilidad.

Aquella noche, el farero Juan se entretuvo demasiado tiempo en ver cumplidas sus rutinarias obligaciones. Lo cierto es que la cena que Florentina había preparado a la hora prevista, se había quedado fría. No obstante, los huevos fritos con patatas fritas se los comió con agrado y apetito, aunque deprisa. Al terminar, quedó sentado con sosiego, ocupando el viejo sillón de mimbre. Florentina, después de fregar, se extrañó que Juan se hubiera quedado dormido. No era su costumbre. Se le acercó, trató de despertarlo pero no lo consiguió: era un sueño del que ya no despertaría jamás.

Había transcurrido un año desde la trágica muerte de su hijo. Juan murió joven, sin molestar, impregnado de bondad, sacrificio y prudencia, hasta en los momentos de emprender ese obligado viaje sin retorno.

Con una pensión de viudedad de **¡nueve duros!**, Florentina, su verdadero faro, se mantuvo rodeada de su numerosa familia, hasta el fin de sus días, con el mismo amor, cariño y respeto que ella había sembrado. Fue para Juan esa compañera que quiso y supo aclimatarse a unas circunstancias difíciles que le brindaba el matrimonio contraído con un farero, soportando largas soledades y el alejamiento de aquella sociedad, imposiciones propias del oficio del farero Juan.

La prolífica maternidad de Florentina fue la clave de bóveda que sustentó el arco ascendente de la mutua felicidad matrimonial, al mismo tiempo que, indefectiblemente, iba convirtiendo su vida y quehacer diario en un ejemplo de virtuosismo y de abnegación.

Alejandría